

Más allá del conservadurismo progresista

El sábado, el primer ministro José Luis Rodríguez Zapatero anunció que no iba a presentarse para tratar de obtener un tercer mandato y, con ello, puso en marcha un proceso de primarias que culminará con la elección de un nuevo candidato del partido y un programa político renovado.

El lunes, el presidente Barack Obama inició oficialmente sus 18 meses de campaña para la reelección y, con ello, puso en marcha un largo proceso de renovación política que los demócratas esperan que vuelva a atraer a los votantes progresistas.

Y el jueves, la Fundación IDEAS y el Center for American Progress van a convocar una reunión de la red para el Progreso Global, que agrupará a destacados estrategas políticos de Europa y Norteamérica. Continuando el trabajo de reunio-



MATT BROWNE CARLOS MULAS

No te votan por lo que has hecho sino por lo que vas a hacer. Los progresistas necesitan una nueva agenda

nes anteriores en Washington, Berlín, Nueva York y Madrid, los participantes debatirán sobre cómo responder a las aspiraciones de las jóvenes generaciones progresistas de todo el mundo.

El momento es oportuno, porque nos permite tomar un respiro tras los frenéticos acontecimientos de la semana pasada y recordar que nuestra reacción ante los retos actuales debe tener una perspectiva a largo plazo, estar orientada hacia el futuro y ser innovadora. Hoy, más que nunca, es importante que los progresistas recuerden la primera regla de la política: la gente vota a alguien pensando en lo que va a hacer por ellos, no en lo que ha hecho antes. Lo malo es que la crisis parece haber arrinconado a muchos progresistas en una actitud conservadora, de defender los logros del pasado en vez de

seguir avanzando a partir de ellos.

Quizá no es extraño. La ofensiva actual de la derecha es intensa. Mientras que, en plena crisis económica mundial, a los progresistas les resultaba difícil distinguirse de un movimiento de derechas que parecía —al menos en Europa— haber adoptado muchos de los principios fundamentales de la política económica progresista, hoy vemos cómo se lanzan duros ataques contra el papel del Estado y el gasto público. Para la opinión pública, lo que comenzó como una crisis del capitalismo de casino —con mercados financieros sin regulación y banqueros irresponsables— se ha convertido en una crisis del Estado despilfarrador, con unos déficits públicos excesivos y unas intervenciones innecesarias e inútiles del Gobierno.

Este nuevo relato conserva-

dor combina una atractiva historia en la que se unen el declive económico, unas potencias emergentes en Asia y unos Gobiernos derrochadores, con el intento de generar miedo al otro, que pueden ser los inmigrantes, las minorías o los extranjeros. Es una política con mucho mensaje pero poca sustancia, carente de verdaderas soluciones a los problemas económicos y sociales de nuestros países. Su idea central es un llamamiento al consuelo de las viejas identidades, los viejos modos de pensar y las viejas estructuras. Por desgracia, en estos momentos todo eso está teniendo éxito en las urnas.

Tal vez no debe sorprendernos, porque, como descubrió el Partido Laborista británico, para su desgracia, el verano pasado, los partidos progresistas que defienden lo que han hecho

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

Recordar a Wellington

La historia nos dice que Wellington fue el único militar de su tiempo a la altura de Napoleón. No solo por sus valores tácticos, tan distintos a los del corso, un artillero de golpes fulminantes, sino por una inteligente prudencia, que le impedía avanzar sin tener claro el día siguiente.

Como buen infante británico, notable empleador de la táctica de guerrillas (la independencia de España es un ejemplo histórico elocuente) y experto en la administración de la logística, la precipitación no era su característica. Frecuentemente, incluso, se le cuestionaba su parsimonia, que no era otra cosa que su principio de no entrar en operaciones sin una exacta definición del objetivo de la intervención y la adecuada interpretación de su contexto.

Lo demostró acabadamente en Irlanda, en la unificación de la India y, para el caso que nos interesa, en la toma de Copenhague, en 1807, que fue un modelo de esa doctrina militar.

Temerosos de que Napoleón, en uno de sus siempre sorprendentes golpes de mano, secuestrara la flota danesa, los británicos le encargaron que se le adelantara y la tomara él. Era un acto militar poco digno porque Dinamarca era neutral pero el general lo asumió con su clásica disciplina. Y allá fue, rodeó Copenhague, derrotó a la fuerza defensiva pero trató muy bien a la población civil, le intimó su rendición a la autoridad y cuando en Londres se festejaba la conquista de Dinamarca, negoció no atacar la hermosa ciudad a cambio de la flota. Los daneses, que ya estaban resignados a que algo les pasaría con sus navíos y advertían que lo contrario suponía la destrucción de la capital, se los entregaron y hasta le agra-



JULIO MARÍA SANGUINETTI

No se puede entrar en una guerra sin saber qué se quiere. La indefinición debilita a la coalición en Libia

decieron el ahorro de vidas y penurias.

Se subió a la flota y apareció en Londres con ella. Los políticos no quedaron demasiado satisfechos, pero con claridad él les respondió que había cumplido con el objetivo fijado, que era la flota y no la conquista territorial de un país neutral.

Ejemplos parecidos pueden encontrarse en Francia, cuando tras la caída del emperador se enfrentó al intento prusiano de desmembrar al Estado derrotado, con la poderosa razón de que de ese modo no se terminaba la guerra sino que se la eternizaba.

En España mismo, tras su brillante campaña, intentó contribuir a la institución de una monarquía constitucional; sin em-

bargo, al verse envuelto en los lodazales de Fernando VII, se retiró, considerando cumplida su misión.

Todos estos recuerdos vienen a cuento a propósito de esta guerra que hemos comenzado. Parecidas evocaciones hicimos allá por 2004, cuando no se sabía si el episodio de Irak se iniciaba con la meta de eliminar las famosas armas de destrucción masiva en manos de Saddam Husein, de derrocarlo a él mismo, de lograr la instalación de un Gobierno proclive a Occidente o bien de edificar una democracia en un país sin formación cívica. El objetivo fue cambiando con el desarrollo de las acciones y, no hace falta decirlo, todavía se está allí sin conclusio-

nes demasiado claras a la vista.

En este momento la cuestión es si el objetivo de la intervención en Libia es preservar las vidas humanas, tal cual dice la resolución de Naciones Unidas; liquidar al régimen de Gadafi e intentar juzgarlo; eventualmente liquidarlo; ayudar a los rebeldes a consolidarse aun al precio de la división del país; impedir que el petróleo, riqueza del país y su pueblo, sea explotado por un dictador megalómano o bien instalar un nuevo régimen político después de controlar todo el territorio. No es una definición sencilla, pero inevitable. Porque si no se sabe bien cuál es ese objetivo nunca se sabrá dónde está el final, en qué momento habrá una victoria, o una derrota, o un largo y penoso empate como los que ya hemos visto.

No se puede entrar en una guerra sin saber exactamente qué se quiere. Y ello condiciona también los medios a emplear. Por ejemplo, no hay control territorial posible sin infantería, cuando hasta hoy la consigna en Libia es no arriesgar soldados en la fase siempre más penosa de cualquier enfrentamiento.

Esta indefinición debilita a la coalición, pese a sus buenos propósitos y a su inobjetable legitimación jurídica. Dispuesta la intervención, hay que poner los logros a la altura del propósito. Y esto nunca se alcanzará con objetivos superpuestos y confusos.

“Nada, salvo una derrota, es tan melancólico como una victoria”, dijo una vez nuestro recordado general. El desafío está no solo en ganar, sino evitar que, al día siguiente, los hechos nos arrastren a esa melancolía.

Julio María Sanguinetti, expresidente de Uruguay, es abogado y periodista.

FORGES

